

EL ECO DE CARTAGENA.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Cartagena: Liberato Montella, Mayer 24, Madrid y Provincias, corresponsales de la casa de Saavedra.

SEGUNDA ÉPOCA.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Cartagena un mes 8 rs.—Trimestre 24.—Fuera de ella, trimestre 30.—Números sueltos, un real.

Jueves 18 de Noviembre.

El Eco de Cartagena

De la acreditada publicacion *La Defensa de la Sociedad*, que con notable éxito vé la luz en Madrid, tomamos el siguiente artículo:

LAS PEQUEÑAS AMBICIONES.

Hay en el hombre una propension natural á subir, á elevarse sobre todo lo que le rodea, á empinarse sobre sí mismo, á levantarse sobre el polvo de la tierra, en el que, dueño de la creación y señor del universo, se arrastra, sin embargo, oprimido; dirgamoslo así, por el peso de una gran caída.

Este secreto impulso despierta en nuestro ánimo el urgente deseo de poseer todas las grandezas de la tierra, empeñándonos en obtener sobre el resto de los hombres una superioridad decisiva, que brille con los fulgores de las glorias humanas. Sin duda alguna la raza de Adán no tiene de sí misma la más brillante idea, puesto que cada hombre aspira de continuo, ya por un camino, ya por otro, á distinguirse, á separarse, á salir del nivel bajo el cual se agita la muchedumbre de los mortales.

Confesémoslo, ingenuamente: el hombre no está contento con ser hombre; se cree humillado, y la ambicion es la que agita su espíritu, abriendo en su alma el abismo de un deseo insaciable.

Un tonel sin fondo es un espacio que no tiene medida; pretender llenarlo sería una locura; y mas que una locura un suplicio; y sin embargo, esa parece ser la tarea del género humano; llenar con el liquido fugitivo de la sabiduría, del poder, de los honores y de las riquezas el cántaro agujereado de la ambicion humana nunca satisfecha.

Hay cosas evidentes que son al mismo tiempo incomprendibles. Llamémoslas aquí á la ciencia de las precisiones y de las exactitudes, á la ciencia inexorable que ha decretado la evidencia de que tres y dos son cinco, y preguntémosle:

—¿Es posible cerrar en el hueco de la mano todo el agua del diluvio?

Calculará el matemático con perfecta exactitud la elasticidad de sus labios para dejarnos ver una sonrisa desdeñosa, ajustada á la extension de su boca, y contestará:

—Es imposible.

Asegurémonosle que el todo cabe en la parte, que el cielo cabe en la tierra que lo ilimitado tiene límites; y sumando al punto la flexibilidad de sus cejas, para arquearlas lo precisamente necesario para que pase á su semblante toda la expresion de su burlona incredulidad, repetirá de nuevo:

—Imposible, imposible.

Pero, ¡bahl preguntémosle que cosa es el hombre, y nos dirá que es una fuerza muy limitada, una inteligencia muy limitada, una vida muy limitada.

Preguntadle qué cosa es la ambicion del hombre, y exclamará admirado:

—¡Ah, eso no tiene límites! Entónces le diremos:

—¿Cómo cabe la ambicion, que no tiene límites, en la inteligencia, en la fuerza, en la vida del hombre, que son tan limitadas?

Aquí el matemático se restará por medio de esa operacion aritmética que se llama encogerse de hombros, como si quisiera demostrarnos la pequeñez de su sabiduría ante la inmensidad del problema.

O tal vez se encoge de hombros para demostrar que no alcanza, ó tal vez intenta meterse dentro de sí mismo por ver si puede sondear las escuridades del problema que dentro de su propio sér lleva planteado.

Mas, ¿la ambicion es algo? ¿Tiene realidad alguna? ¿No es una serie de perspectivas, de fantásticas grandezas que atraen nuestros ojos y nos deslumbran, disipándose al tocarlas? ¿No es el vacío que llevamos en el alma y que nunca se llena? ¿No es un afán incesante, una inquietud permanente, un deseo perenne?... Es que allá en el fondo de nuestra conciencia turbada, oímos una voz sin sonido que nos dice: «levántate, porque estás caído; purifícate, porque estás manchado; libértate, por-

que eres esclavo;» y el hombre busca en las vanas pompas de la tierra la perdida alteza de su noble origen.

La ambicion es la sed insaciable de honores, de riquezas, de poder y de fama, que agita al mundo y llena la historia de hazañas y de crímenes, de tiranos y de héroes, de gloria y de infamia.

Por una de esas injusticias de que el mundo no ha podido librarse aún del todo, la ambicion, es decir, el derecho á los honores, al poder, á las riquezas y á la celebridad, venia vinculado en la familia de los grandes hombres; especie de mayorazgo que constituia un privilegio odioso en favor, unas veces de Alejandro; otras veces de Julio César, otras veces de Napoleon. Estos eran los grandes ambiciosos.

Solo tenían derecho á serlo aquellos que podian presentar á la admiracion del mundo los títulos de una superioridad legitima, monopolio insoponible que hacia del resto de los hombres una raza proscrita, condenada á la oscuridad, á la humillacion y á la indiferencia. La sociedad se hallaba dispuesta en un orden contrario á la naturaleza; el hombre se levantaba sobre sus semejantes en razon de su gravedad. Se echaba encima el peso de los años, la gravedad de la experiencia, la balumba de la sabiduría, la carga de sus virtudes y de su génio, y peldaño á peldaño subia mas despacio ó mas de prisa la escala de los honores, de la fortuna y del poder, de la celebridad y de la gloria.

De esta manera hemos visto elevarse á los grandes ambiciosos que pueblan la historia.

En cambio la naturaleza, desde que promulgó su primera y única constitucion, dejó establecida una ley de ascensos que no ha sido posible violar; en cuya virtud los cuerpos mas leves suben, y los cuerpos mas graves bajan. Así vemos la espuma sobre las aguas, el polvo sobre el aire, el humo sobre la luz, las nubes sobre la tierra.

Era, pues, preciso poner en armonia el orden de la sociedad con el orden de la naturaleza; el orden físico con el orden moral, para que

el espíritu y la materia marcháran por un mismo camino sin contradecirse, sin rechazarse, sin aborrecerse, confundiendo en una misma ley el cuerpo y el alma.

Y ciertamente ¿por qué el jóven-suelto, ágil, ligero, irreflexible, habia de doblar la cabeza ante el anciano torpe, débil y encorvado?

¿Por qué la ignorancia movible, atrevida, vana é inconstante, habia de humillarse ante la sabiduría lenta reflexiva y grave?

¿Por qué los vicios tenaces y las pasiones impetuosas habian de ceder y doblarse en presencia de las virtudes dulces, suaves y austeras?

¿Por qué el entendimiento frívolo y volátil habia de caer precipitado á los pies del génio pesado y profundo?

¿Por qué, en fin, la mentira bulliciosa y múltiple habia de ceder su puesto á la verdad única y severa?

No hay mas que ver el fácil ejercicio con que un grano de polvo se levanta sobre las hondas del aire agitado y trepa ufano hasta las mas altas regiones de la atmósfera para comprender que lo mas ligero, lo mas fugitivo, lo mas fútil es lo que debe elevarse sobre todo lo demás.

Mírese bien como una piedra lanzada al espacio corre un momento aturdida, como fuera de sí, por el impulso de la fuerza que la ha puesto en movimiento, hasta que al fin se detiene, vacila como si meditara, se inclina hacia la tierra que la atrae, y trazando en el aire una estensa curva, cae hasta encontrar el centro de gravedad que la sujeta.

Esto dice claramente que todo lo que es moralmente grave debe caer, debe bajar, debe sumergirse en las profundidades de la sociedad turbada.

Por eso vemos la alegría en la superficie de la vida, y la tristeza en el fondo: el lujo arriba y la miseria abajo; los placeres brillantes llenando los reflejos deslumbradores y fugitivos el aire que respiramos; los dolores ocultos cubriendo de lágrimas ignoradas la tierra que pisamos.

¿Qué se necesita para subir?... Movilidad, impaciencia, agilidad, lige-